

LOS ORIGENES DEL MILITARISMO EN ESPAÑA

# Pequeña historia de las tropelías consumadas contra los españoles útiles por los españoles inservibles

En general se habla en España de militarismo atribuyendo a éste un carácter que podríamos llamar uniforme con respecto al militarismo de otros países. Es una equivocación. Sin la menor intención de alabar el carácter del militarismo del exterior, puesto que siempre es el militarismo un tumor grave que sólo se cura extirpándolo, dedicaremos unas consideraciones objetivas a marcar la diferencia que se observa entre los uniformados españoles y los de otras latitudes.

Nos referimos, claro está, al militar profesional, cuya psicología ya se trazó, y por cierto de mano maestra, aunque no referida concreta y especialmente a España ni a los tiempos inmediatos a la militarada que está ensangrentando como nunca ciudades y campos de España.

Preocurrirnos de disquisiciones históricas de tiempo lejano, para referirnos a épocas propias de nuestra generación o de la generación precedente, en contacto y relación con la nuestra.

El siglo XIX no fué más que una serie de cuarteladas y pronunciamientos. La política giró siempre en torno a los militares. Ellos dominaron en absoluto a gobernantes y gobernados.

Inticóse el siglo con la guerra hecha a Napoleón. La valentía de los caudillos fué una mentira. Está averiguado que los franceses fueron batidos en Bailén y en los Arapiles porque los franceses aceptaron las batallas en absoluto estado de embriaguez. Esto se ha dicho hasta en las zarzuelas, para ponderar el supuesto poder irresistible y mágico del vino español, cuya exaltación representó nada menos que el himno a España en tiempos del curda Primo de Rivera.

Cuando los españoles no tuvieron como aliado al vino, tuvieron a Wellington y a sus dragones ingleses. Y en todo caso tuvieron ayuda en la miseria de España, cuya precaria economía no consentía el avituallamiento de los ejércitos de Napoleón, los cuales huían, famélicos y desnutridos, de España. Los sitios de Gerona y Zaragoza, que en las escuelas se califican de triunfantes, no lo fueron. Las campañas contra Napoleón representan una negación desde el punto de vista estratégico. De ser España un pueblo bien provisto de víveres, los franceses hubieran triunfado en toda la línea, sometiendo a España a un régimen de colonia, al mismo que sometieron los militares españoles a los españoles.

Palafox, chuscos insignificantes y reaccionarios, como Castaños, y cortesanos como Espoz y Miró.

El 2 de mayo de 1808 se caracterizó en Madrid precisamente por las excepciones. Entre jallares de jefes y oficiales sólo un teniente y dos capitanes — Ruiz, Daoíz y Velarde — se alzaron contra las tropas de Napoleón. Los demás oficiales permanecieron acuartelados heróicamente y todo lo que se hizo en la calle lo hizo el pueblo, el paisanaje.

Si recordamos las dos guerras civiles, la verdad es que no fueron tales guerras. En ellas no hizo la oficialidad más que pasar de un bando a otro, con sus grados reconocidos, o huir con velocidad de liebre al husmear al cazador. Lo característico de las dos guerras carlistas era la crueldad, el bolicillo fácil y la escapatoría. Eran contiendas entre guerrillas y sitios o cercos de ciudades y pueblos, pero nunca

en nuge, no fué por su valor; fué porque los gobernantes borbónicos y republicanos necesitaban el «coco» carlista para contener las iniciativas de sus adversarios que se llamaban más avanzados. Sagasta se evadía de todos los debates con partidos rivales que figuraban a su izquierda sacando el espantajo del carlismo. Castelar quiso que Martínez Campos fuera el jefe de la guerra contra los carlistas para adular a aquel fantasmón, el cual se valió de la predilección de Castelar para conspirar y traer a España a aquel físico juerguista que se llamó Alfonso XII. Lerroux alentó criminalmente a los fascistas combatientes de hoy, dándoles mandos, como los alentaron los republicanos izquierdistas poniendo en sus manos la zona de Marruecos, Canarias, Pamplona y Andalucía, focos hoy de la resistencia fascista.

Siempre los generales españoles y sus subalternos fueron cobardes. La timidez a la hora de la prueba fué su divisa. La intriga de salón su única manera de ineltrar. No en vano ha podido escribir Angel Lázaro:

*De rodillas los canallas  
de Monte Arruit y de Anual,  
de rodillas, general  
que ascendiste sin batallas.  
Miserable, que te callas  
cuando te acorrala el moro,  
y hoy, al servicio del oro,  
traes al rifleo aquí  
para que te gane a ti  
la española piel de toro...*

Las guerras coloniales fueron una trágica irritación. Cuba, Puerto Rico y Filipinas son tres baldones para los tipos estrellados, arrojados de todas partes a cinturazos, después de comerse por los pies en aquellas tierras ultramarinas los flamencos uniformados a los desdichados habitantes y de comerse también por los pies a los españoles útiles, pacientes hasta un extremo inconcebible. Todo el aparato militar de España exigido por los oficiales insaciables de ascensos y cruces se quebraba ante la firmeza de cuatro insurrectos sin armas, sin dinero y sin nada. Diez o doce mil cubanos, casi inermes, se burlaban de docientos mil españoles bien porrechados. Cuando los Estados Unidos entraron en la lista, los oficiales españoles arrojaron las armas cobardemente y se entregaron sin combatir. Atemorizados y pálidos de terror volvieron a España, creyendo que se les iba a fusilar.

Terminada la farsa colonial, para la que, dicho sea en honor a la verdad, nunca faltaron



Los viejos calabozos de Montjuich, manchados de sangre del pueblo, antros inquisitoriales para el martirio

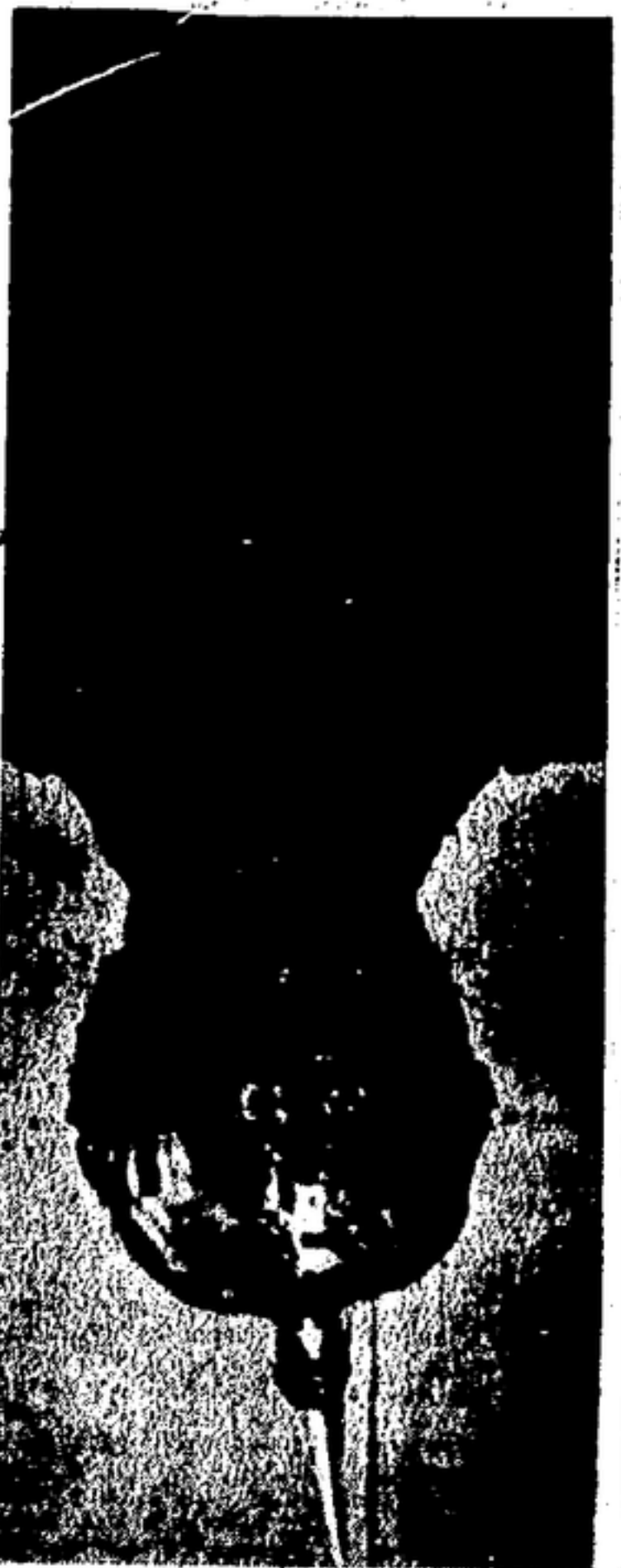
estúpidas comparas, soldados, rasos ignorantes que iban a combatir contra los cubanos como el Tercio viene a España al servicio del fascismo a combatir a los españoles decentes, la oficialidad no quedó diezmada, porque no moría ningún estrellado más que en la cama, de muerte natural.

No hubo manera de podar las plantillas. El número de uniformados quedó intacto, inventándose destinos a miles para ocupar a tanto vago. Por añadidura se abrió amplia puerta en las Academias y fueron saliendo promociones de vagos. Eran todos hijos de terratenientes, de generales, hijos de obispo. Ajenos por completo al arte de la guerra, se entregaban al otro, mujeriego de salón. Si habéis visto a un grupo de militares reunidos en un café siempre habéis podido ver que sus movimientos eran amañados. Su uniforme ceñido delataba al tipo equivocado, sin arrestos más que con hombres, desarmados y con reclutas embrutecidos por la disciplina.

La vida del militar estrellado estaba entregada a la mujer en el aspecto más trivial y más frívolo. Y de ahí que la mujer dominara al militar como a un monigote. Si iliego, en 1820, se sublevó, como después Villacampa, y en 1930 Galán, fué porque estos militares eran excepcionalmente distintos de sus compañeros de armas. En general, los uniformados de profesión han sido siempre esclavos de sus mujeres. La alianza actual de obispos, frailes y oficiales ha sido impuesta por la beatería femenina, que tiene dominio absoluto sobre jefes y oficiales. Hubo época en que los alumnos de las academias militares estaban obligados a comulgar con sus profesores al dictado de unas cuantas beatas que en el domicilio conyugal consideraban al marido mucho menos que al asistente. De aquellos polvos, salen estos lodos.

La guerra de Africa (1859-60) fué una muestra de la cobardía de los fajines, que volvieron a España con un barco lleno de deprecados ochavos morunos. En aquella guerra, promovida por los deseos de O'Donnell de ser dictador, el ejército, numeroso y bien provisto, luchó contra unos pocos moros que no sabían lo que era un fusil. Las batallas exaltadas por Alarcón, por Núñez de Arce, por Víctor Balaguer, por el marqués de Molins y otros asistentes tan serviles con las espuelas como ellos, fué un verdadero desastro y una verdadera ruina. Fortuny pintó la batalla de Tetuán, pero con pincel también de ordenanza complaciente.

De Marruecos, a partir de principios de siglo, no hay que hablar. Basta recordar Monte Arruit y Anual, nombres sinónimos de correr con agilidad de gamo, nombres que hacen pálido todo comentario.



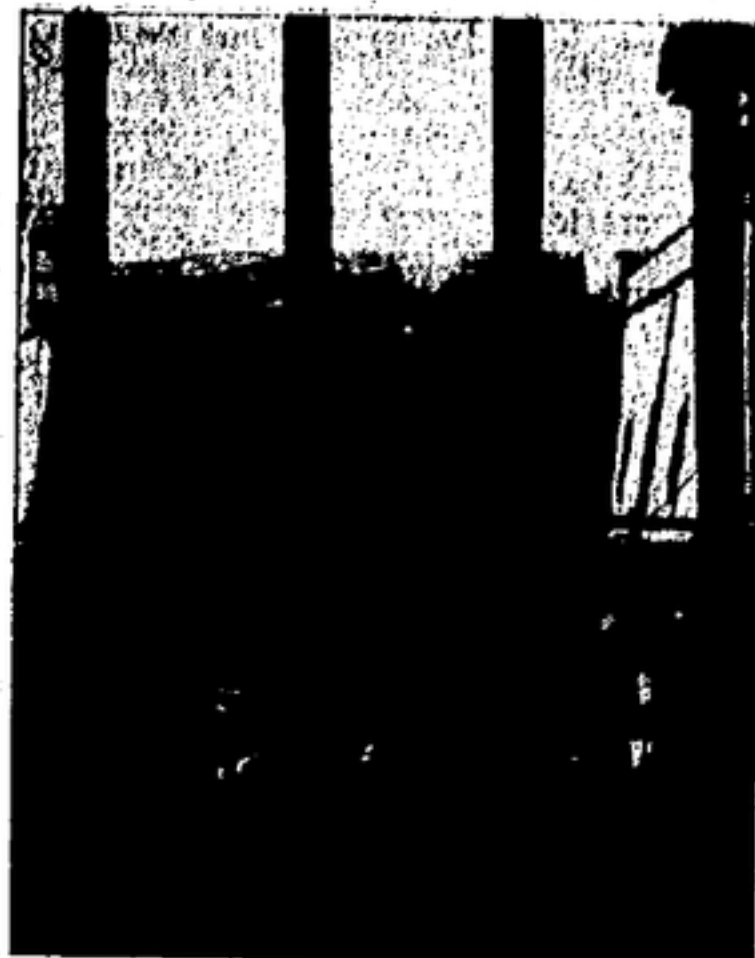
Esta cabeza de jabalí es la de Franco, el general más cobarde. No puede retratarse con más propiedad. Pero la cabeza tiene más hierro dentro que fuera. Colocamos invertido a Franco porque lo es

se daban apenas batallas a pecho descubierto. Un bando llegaba a poblado y se llevaba todo lo que encontraba — dinero, comestibles, ganado de tiro, objetos de valor — siguiendo entre verticuetos el camino escondido, para no dar con el enemigo. El bando contrario hacía lo mismo en otra zona. Si los dos ejércitos se hallaban a la vista, como ocurrió en Vergara, los caudillos se abrazaban entre vivos de todos los combatientes, o bien se dispersaba un bando, y sus caudillos entraban en Francia. Con estas cobardías y atacando a serenos desarmados ensangrentaron el suelo español los antecesores de la oficialidad actual. La oficialidad lucha hoy unida con realistas y requetés, con obispos tibialentes y señillitos clutos.

Siempre la oficialidad dio pruebas de cobardía. Y si los carlistas estuvieron tantos años



Un rincón de Montjuich. Aquí fueron ejecutados los primeros generales absolutistas de la militarada del 19 de julio



Una visión del castillo de Montjuich: hierro y piedra. Falta el fuego de Torquemada, pero el fuego arde para quemar sangre proletaria

El español no tiene temperamento guerrero de oficio, dígame lo que se quiera. Cuando los franceses atacaban a poblados pacíficos y los desalojaban, violando a las mujeres y fusilando a los hombres, había heroicas defensas individuales del paisanaje y también de grupo paisanaje o guerrilla. Eran defensas fulminantes y ejemplares, pero sin continuidad y sin eco colectivo. Los jefes militares de la guerra llamada de la Independencia fueron burócratas como